

tesano. Con Francia, un adversario innoble y torpe. Este pueblo de los Estados Unidos ama a Francia. Es sin duda el único pueblo europeo que vive en el corazón de los Estados Unidos. Lloyd George no respetó este sentimiento, sin duda con la creencia de que podría con la magia de su persona y de su elocuencia debilitar y quizá destruir la posición de Francia en el afecto, la adhesión y la admiración del pueblo americano. De su error lo sacaron pronto las voces de protesta, altas voces que se elevaron denunciando los agravios de Lloyd George a la nación francesa y advirtiéndole que no se equivocara en la interpretación de las manifestaciones públicas en interés y en honor de su persona, que no imaginara nunca que tales manifestaciones significaban aprobación de su propaganda contra Francia, sino que eran tributos al hombre de la guerra, al Primer Ministro de la Gran Bretaña en los terribles días de la catástrofe.

Los Estados Unidos eran el milagro del oeste, el pueblo que estaba reconstruyendo las esperanzas de la humanidad, dijo en Londres antes de embarcarse. Después, ya en este lado, ¿qué elogio, qué alabanza, qué encomio, qué ditirambo no entonaron sus labios en exaltación de los méritos, cualidades, virtudes, portentos y maravillas de los Estados Unidos? Visitas, con tributos de flores, a la tumba de Lincoln, a la tumba de Roosevelt, a la tumba de Harding, tenían el mismo fin de halago nacional. La recorrida de los campos de batalla de la guerra civil, el vivo interés en todas las cosas y memorias de aquel drama histórico, el mismo fin la inspiraba. Preparado así el terreno, lanzó sus dos grandes concepciones—la alianza de los dos imperios y la resurrección de la proposición de Hughes en diciembre pasado, cuando a la hora nona intentó impedir la ocupación del Ruhr surgiendo la idea de una comisión de expertos para la investigación de la capacidad de Alemania para pagar.

El viaje y el mensaje de Lloyd George no son en realidad de verdad sino síntomas de los profundos y trascendentales cambios que la guerra y el curso posterior de los acontecimientos han operado y continuarán operando en Europa y en el mundo. En estos cambios está también la razón de la creciente escisión entre Inglaterra y Francia. La antigua situación de equilibrio de las fuerzas en el con-

tinente, que daba a Inglaterra por su posición insular y por su poder naval, la facultad de ejercer una influencia decisiva en las cuestiones internacionales de Europa, ha desaparecido, dejando a Francia suprema en el continente, suprema en el sentido no de imponer arbitrariamente su voluntad, sino de resistir la imposición extranjera. Si alguien ha de decir la última palabra en las cuestiones de Europa, no es ya Inglaterra quien podrá decirlo. La ocupación del Ruhr es el hecho que ha puesto de manifiesto el cambio efectuado en el orden de cosas en Europa. Inglaterra ha perdido además la supremacía marítima; y la superioridad que conserva sobre Francia en el mar, está contrarrestada, y aún quizá superada, por la superioridad de Francia en el aire.

¿Qué hacer en esta situación? ¿Cómo recuperar el predominio político y restablecer el equilibrio en Europa? Pues una alianza con los Estados Unidos. El primer efecto de esta alianza sería librar a Alemania de las garras de Francia, imponiendo a ésta la solución angloamericana del problema de las reparaciones, en lo cual tiene Inglaterra el más grande interés político, pues una Alemania rediviva en su prosperidad y en su poder, minus la escuadra por supuesto, sería un contrapeso para Francia, se neutralizarían mutuamente, y Gran Bretaña volvería a su libertad de acción y su preponderancia anteriores a la guerra.

El anhelo de infundir en las grandes colonias el sentimiento de nacionalidad y de persuadir las de que deben tomar parte activa en la decisión de las cuestiones europeas como miembros constitutivos del Imperio Británico, están patentizando la inquietud de Inglaterra en su nueva e imprevisible situación en Europa, y la necesidad que tiene de auxilio y de refuerzo en esta situación. No hay duda de que el mensaje de Lloyd George, sin ser oficial ni resultar de un previo acuerdo con el Gobierno inglés, encierra toda la política británica, cualquiera que sea el partido en el poder. Los obstáculos en el camino de esta política son sin embargo, a nuestro juicio, insuperables; y no tenemos la menor duda de que en la alianza preconizada por Lloyd George como el arca de la civilización en el actual diluvio, la política inglesa sueña un sueño quimérico.

La preservación de la paz y de la civilización no es ni puede ser la obra de una raza, o de un imperio, o de una alianza de imperios. Esta fué la locura de la Santa Alianza y la lección parece no haber sido aprendida a estas horas. Ningún pueblo puede ser investido con tal misión. Esta fué la locura del pueblo hebreo, el creerse

elegido, el pueblo de Dios, y la lección parece no haber sido aprendida después de más de veinte siglos. No. Dios no hace esas cosas, Dios no hace las cosas así, Dios no puede haber elegido a la raza anglo-sajona para la misión de mantener la paz y la civilización en el mundo. No. Eso es una locura. Eso es una impostura, o una sofistería retórica. Eso es más propio del Kaiser alemán y del pueblo alemán antes de 1914, que de un representante de la cultura y del espíritu de Inglaterra. Esa es la clase de locura que produjo la guerra. Alemania, la Alemania de los Hohenzollerns y del ejército, se creía con una misión y se dispuso a cumplirla. Todos los pueblos que en la historia se han creído con una misión semejante, han confiado su cumplimiento a la espada. Las misiones divinas y la guerra, la guerra sangrienta, encarnizada, feroz, son inseparables en la historia. Ningún pueblo, no importa cuán poderoso; ninguna raza, no importa cuán superior, tiene fuerzas bastantes en sí mismo para la misión de garantizar la paz y la civilización del mundo. Esta es una misión superior a las fuerzas de cualquier pueblo. Esta es la misión de todos los pueblos juntos, cooperando de concierto en la suprema tarea. El mundo lo sabe; y porque lo sabe, ha ensayado y está ensayando en la Liga de las Naciones un medio de fundar y perpetuar la paz de la justicia, del derecho y de la razón, por el concurso organizado, persistente y sistemático de todas las naciones de la tierra. Si este ensayo fracasa, el espíritu humano ensayará otros medios, pero todos los medios concebibles se inspirarán en el principio fundamental de la solidaridad humana, de la igualdad de las naciones, de la cooperación de todos los pueblos en la empresa común de mantener el reinado de la justicia, del derecho, de la razón, de la paz y de la civilización en este mundo, que no es patrimonio de ninguna raza, ni de ningún imperio, ni de ninguna combinación de imperios, sino del género humano.

JACINTO LÓPEZ.

Nueva York.

(*La Reforma Social*,
Nueva York-Habana).

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios» que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTOS:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.
R. Brenes Mesén: *Las Categorías Literarias*.

Precio de los cuadernos: \$ 1-00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Del tomo próximo en adelante, espere, busque los *Suplementos* del REPERTORIO; serán cosa de mucho valor. Coleccionados, le harán a fin de año un tomo de lecturas variadas y escogidísimas de 384 páginas en 4º